

## COMENTARIOS PARA EL DEBATE “DEMOGRAFÍA, ECONOMÍA Y SOCIEDAD”

Jesús Oliva Serrano (Departamento de Sociología, UPNA)

[jesus.oliva@unavarra.es](mailto:jesus.oliva@unavarra.es)

28 de Agosto de 2017

Estos breves apuntes para el debate se centran en la relación de los aspectos territoriales y relativos a la movilidad que presenta el envejecimiento de la población. Un proceso que impacta de forma generalizada sobre la sociedad, desde la adecuación de los entornos de habitación al espacio urbano, las formas de consumo y nuevas áreas de negocio, la provisión de servicios o el sistema de las pensiones. Un resultado, entre otras causas, de la caída de la fecundidad durante el último tercio del siglo pasado, llegando a mínimos históricos en los 90 y Navarra como caso paradigmático, al mismo tiempo que la esperanza de vida se incrementaba progresivamente hasta situarse entre las mayores del mundo. Y a este contexto sociodemográfico llegan desde hace unos años las cohortes más numerosas nacidas en España (el “baby boom”) que han transformado y colapsado la mayor parte de los sistemas y estructuras sociales a los que se incorporaban (desde la educación al mercado de trabajo).

Para considerar la complejidad que adquiere podemos observar, por ejemplo, la vulnerabilidad demográfica que presentan muchas áreas rurales. Especialmente las zonas de montaña, donde a los problemas de accesibilidad se suma un importante sobre-envejecimiento que deriva en una profunda causalidad acumulativa circular erosionando la sostenibilidad social de estos territorios. Por ejemplo, Grecia y España suelen ofrecer los ratios más elevados de población rural envejecida entre los estados de la Unión Europea de los 15 (European Commission, 2011). La cordillera pirenaica, que ya a comienzos del siglo sumaba un tercio de sus residentes con más de 60 años (Comunidad de Trabajo de los Pirineos, 2002), es uno de estos territorios. Como resume una enfermera entrevistada en nuestro último trabajo de campo en los Pirineos Orientales navarros, donde no se superan los 6 habitantes por km<sup>2</sup> y prácticamente el 42 % de la población registrada era mayor de 60 años en 2016, “*todos los que trabajamos en servicios hacemos como otra función social por encima*”. Cabe recordar, por ejemplo, la problemática surgida hace unos años en relación con la reforma de las urgencias médicas rurales y su impacto en unas zonas no solo menos accesibles, más despobladas y dispersas sino, sobre todo, envejecidas (es decir, con una casuística importante de patologías crónicas y tiempo-dependientes). La continua retirada del Estado derivada de los recortes tras una década de recesión económica y la generalización de las políticas neoliberales en favor de la privatización, centralización y deslocalización de los servicios públicos han acentuado esta fragilidad socio-territorial.

Muchos debates recientes tienen que ver con la relación entre el envejecimiento, el espacio y la movilidad (desde el límite de edad para mantener el carnet de conducir a la población mayor inmovilizada en los pisos sin ascensor de los cascos urbanos antiguos o en hogares sin conductor en las áreas rurales). Por ejemplo, el Censo de 2001 registraba ya casi dos millones de residentes en municipios menores de 10.000 habitantes y hogares sin automóvil. La mitad toda esta población rural inmovilizada eran *pensionistas* y en 1 de cada 3 casos el hogar estaba formado por dos adultos (al menos uno con 65 o más años) sin menores y en otros 2 de cada 10 por una sola persona de 65 o más años (la mayoría mujeres).

Finalmente, otra cuestión crucial radica en el papel que juegan las propias generaciones del “baby boom” en este proceso. Por un lado, porque su impacto sobre el sistema social y la economía será muy importante. Por otro lado, porque hasta ahora el sostenimiento del proceso de envejecimiento se ha trasladado en buena medida a las familias, y de forma particular a las mujeres y a los grupos que en otro lugar (Camarero et al. 2009) hemos denominado “generación soporte”. Es decir, el impacto de esta tendencia ha sido en cierta forma “moderado” por un doble efecto protagonizado por estas generaciones: porque hasta hace poco no han empezado a llegar de pleno a la etapa de la vejez y también porque han continuado manteniendo el compromiso de devolución de la deuda generacional a sus mayores, suavizando así las carencias de un estado del bienestar minorizado.

Sin embargo, tras la crisis, muchos llegarán a la vejez con menos recursos, menos hijos y un compromiso intergeneracional más erosionado. Es decir, su impacto en el sistema no solo será porque son muchos sino porque la renta acumulada es menor y los patrones sociales cambiaron.

Para concluir, las diversas formas que adopta el impacto de estas generaciones del “baby boom” europeas a la vejez ya se considera una de las áreas de negocio más interesantes (desde la vivienda a los servicios de salud y sol en la costa mediterránea). Pero sin duda también las políticas públicas, los proyectos solidarios y la innovación social van a jugar un papel determinante en la transición hacia esta sociedad que llega. Por ejemplo, las residencias organizadas por los propios ayuntamientos de las ciudades noruegas en el levante español para facilitar allí la atención a sus mayores durante los meses más crudos del invierno. O también las organizaciones de voluntariado de mayores que actúan en el Reino Unido como conductores para otros mayores. Y los proyectos cooperativos para diseñar y desarrollar proyectos de viviendas y entornos amigables donde se comparten recursos comunes (como ya existen en Navarra y que en otros países se especializan también según diferentes estilos de vida).